

YO CREO EN LOS MILAGROS

Kathryn Kuhlman



editorial clie

EDITORIAL CLIE

Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>

YO CREO EN LOS MILAGROS

Kathryn Kuhlman

© 1977 por Editorial Clie para esta edición en español

ISBN: 978-84-7228-028-1

Printed in USA

Clasifíquese:
11 BIOGRAFÍAS:
Varias
C.T.C. 02-11-0895-04

Referencia: 220976

INDICE

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
Prólogo editorial	9
Prefacio. ¡El amor es algo que usted hace! .	15
I Yo creo en milagros	21
II Carey Reams. (<i>El inválido de guerra en Filipinas</i>)	31
III Stella Turner. (<i>La enferma, deshauciada, de cáncer hepático</i>)	43
IV Jorge Orr. (<i>El ojo quemado en la fundición de Grove City</i>)	51
V Eugenio Usechek. (<i>El muchacho cojo de la enfermedad de Perth</i>)	59
VI Bruce Baker. (<i>El enfermo de enfisema por silicosis</i>)	67
VII Betty Fox. (<i>La inválida camarera de un restaurante de Rochester</i>)	77
VIII La familia Erskine (" <i>Muriendo de cáncer en el hospital</i> ")	87
IX La niña de la señora Fischer. (<i>Hidrocefalia congénita</i>)	101

X	Rosa. (<i>Un problema de drogas</i>)	111
XI	María Schmidt. (<i>Un caso de bocio y afección cardíaca</i>)	121
XII	Bill Conneway. (<i>El lesionado de guerra en Francia</i>)	129
XIII	Amelia. (<i>La fe victoriosa de una niña católica</i>)	141
XIV	Elisabeth Gettin. (<i>El testimonio de una enfermera</i>)	149
XV	Amelia Holmquit. (<i>Curada de artritis deformante</i>)	159
XVI	Pablo Gunn. (<i>Cáncer del pulmón</i>)	167
XVII	Ricardo Kichline. (<i>Paralítico por mielitis aguda</i>)	177
XVIII	Los Dolan. (<i>La tragedia de un hogar de alcohólicos</i>)	187
XIX	Jaime McCutcheon. (<i>Un caso insólito de seis operaciones</i>)	197
XX	El caso de los Crider. (<i>Un niño lisiado</i>) . .	207
XXI	Harry Stephenson. (<i>Cáncer en los intestinos</i>) .	215
XXII	Jorge Speedy. (<i>Un caso grave de "delirium tremens"</i>)	225
XXIII	¿Cuál es la clave?	241

PROLOGO EDITORIAL

Creemos que como editores de este libro, ciertamente extraordinario por su contenido, debemos una explicación a las librerías evangélicas de diversas denominaciones que distribuyen nuestra literatura, y a los lectores en general.

Un tema discutido

El tema de la Sanidad divina y los dones del Espíritu Santo, ha sido objeto de mucha discusión en estos últimos años. Se han publicado libros en pro y en contra, y muchos extremismos han sido denunciados. No nos hemos negado a publicar libros que contenían tales advertencias ya que con ello pensamos hacer, no un daño, sino un favor a estimados hermanos nuestros, cuya labor admiramos y respetamos, aunque no compartimos enteramente todos sus puntos de vista.

Sin embargo ponemos ahora en manos de nuestros lectores un libro que refiere casos extraordinarios de Sanidad divina. ¿Es ello una contradicción?

De ningún modo. Estamos seguros de que todo verdadero cristiano evangélico, de cualquier denominación que sea, cree en el poder de Dios y en la eficacia de la oración. Lo que se reprueba, por lo general, son los métodos espectaculares, y las tajantes promesas propagandísticas de Sanidad que, si quedan incumplidas, suelen perjudicar más que beneficiar, a los oyentes que asisten a esta clase de servicios evangelístico-curativos, endureciendo sus corazones en lo que respecta al mensaje del Evangelio. También hay gran diversidad de criterios acerca de los procedimientos ruidosos en los cultos, ya que son métodos que, si por un lado se adaptan bien a algunos caracteres particulares o raciales, haciendo más atractivo y grato el culto divino a ciertos asistentes, al permitirles tomar en él mismo una parte activa y excitante,

resulta ingrato y hasta escandaloso para otros caracteres más sosegados, que prefieren encontrar a Dios en el silencio, la meditación y la exhortación de la Palabra.

Pero ninguno de tales excesos tiene lugar, hasta donde tenemos entendido y este mismo libro expresa, en el ministerio de Sanidad de la señorita Catalina Kuhlman, en el cual tampoco se hace mención del don de lenguas. Sabemos que algunos de nuestros lectores lo encontrarán a faltar, pero a otros no lo extrañarán al observar la filiación religiosa de la autora de este libro, que no es pentecostal, sino de origen bautista.

Por consiguiente, la publicación de estos relatos no tiene por objeto fomentar los puntos de vista de una denominación cristiana evangélica en detrimento de otras, sino enfatizar el valor de la oración y el poder de Dios, de un modo actual y efectivo, en medio de un mundo materialista que lo está negando.

Desconocemos los recursos de Dios

También es necesario ese énfasis para muchos cristianos que no rehusan creer en el poder de Dios, pero hacen poco uso de la oración, porque consideran a Dios enteramente atado a sus propias leyes. Pero, ¿a cuáles leyes si los mismos científicos no cesan de decirnos que las que la Ciencia ha descubierto hasta ahora no son sino una parte muy pequeña de lo que queda por descubrir? Ante tales reconocimientos ¿por qué hemos de oponernos a la idea de que Dios puede llevar a cabo, aún en nuestro siglo, cosas que ni nosotros ni la Ciencia pueden explicar?

Lo que importa es cerciorarse concienzudamente sobre la autenticidad de tales hechos extraordinarios ocurridos en respuesta a la oración. A tal respecto la autora menciona, no solamente los nombres de las personas beneficiadas con la Sanidad divina, sino también los hospitales en cuyos archivos

se conservan los informes clínicos anteriores y posteriores a los casos que se narran.

Datos que inspiran confianza

Uno de los detalles que nos impresiona favorablemente, es que las curaciones referidas en este libro no tienen siempre lugar en reuniones públicas, ni de un modo repentino y espectacular, sino que en muchos casos se produce, en respuesta a la oración, una mejora inexplicable clínicamente, que se convierte en un breve tiempo en curación absoluta, la cual (y este es el mejor indicio) permanece y perdura aún después de muchos años de ocurrido el extraordinario fenómeno.

La señorita Kuhlman no viaja de un país a otro exhibiendo sus habilidades curativas. Muchos pacientes de países lejanos lo lamentarán, pero ella dice que prefiere quedar en un solo lugar porque así se hace más fácil la comprobación científica de todos los casos. A tal efecto, cada vez que se produce algún milagro de sanidad de un modo público y repentino, suele invitar inmediatamente a todos los médicos presentes en el auditorio, no sólo a que acudan a la plataforma a cerciorarse de la realidad del caso, sino a que tomen nota en sus agendas de los hospitales donde el enfermo ha sido tratado, para comprobación de los respectivos historiales clínicos. Pero aún cuando la señorita Kuhlman no viaje de un país a otro tiene marcado interés en que sea fomentado, no sólo en Estados Unidos, sino también en otros países, la fe en el poder de Dios y la eficacia de la oración; pues como indica repetidamente en este mismo libro, no cree que su persona física sea indispensable para la operación de verdaderos milagros.

¿Por qué no ocurren más prodigios?

Posiblemente muchos lectores se preguntarán: ¿Por qué tienen lugar estos casos extraordinarios precisamente en Pittsburgh (Pensilvania) en relación con el ministerio de la señorita

Kuhlman? Hay millones de cristianos en el mundo que oran a Dios por sus enfermos. ¿Por qué no ocurren milagros con más frecuencia en otras partes? ¿Es que no hay otros cristianos dignos de que el poder de Dios actúe de un modo actual y directo en su favor?

Los lectores observarán en la introducción, y en todo el curso de este libro, que la señorita Kuhlman es la primera en declarar que sus oraciones no son mejores que las de otras personas; que lo que ocurre en relación con su ministerio no es algo que dependa de su propia persona, sino que Dios es el mismo para todos los que le invocan. Sin embargo, leyendo con atención estos relatos, observamos en las personas favorecidas, o en sus intercesores, unas cualidades de fe práctica que quizá no hemos alcanzado nosotros. Nos cabe la duda de si no es nuestro orgulloso temor de caer en ridículo lo que nos impide creer a Dios en toda la extensión de sus promesas.

Por nada en el mundo queremos ser tildados de extravagantes o fanáticos. Y aunque esto es justo para honrar la fe que profesamos, llegamos al extremo opuesto de poner toda clase de cortapisas al ejercicio práctico de la fe en un mundo cada vez más necesitado de ella. Un mundo tal como Cristo y sus apóstoles lo describieron en el tiempo inmediato a su Segunda Venida (Lucas 18:8, 2.^a Tim. 3:1 y 2.^o Pedro 3:3-14 y Judas 18). Un mundo que necesita ser desafiado como nunca por una fe sincera y robusta, por más que escasa.

Cada vez es más indispensable intensificar el espíritu de oración, de dedicación al Señor y a nuestros prójimos, de consagración y de fe práctica y eficaz, entre los verdaderos hijos de Dios, de cualquier Iglesia o Denominación cristiana. Con tal propósito ha sido publicado el presente libro, para que su lectura estimule a los cristianos a orar más eficazmente y con perseverancia hasta mover montañas de dificultad y de dolor por medio de la oración de fe.

Sin embargo, quisiéramos también recomendar con insistencia que nadie se desaliente si la respuesta tarda, o no llegase a venir. La autora enfatiza el hecho de que la misma

fe es un don de la soberana gracia de Dios, por lo tanto lo que importa no es un esfuerzo desesperado para sacar fe de donde sea. Tampoco debe juzgarse que la dilacion o ausencia de milagro es siempre resultado de alguna culpable falta de fe. De ningún modo. Dios es soberano y obra como y cuando quiere. (1)

Sabemos que El se complace en responder a las súplicas de sus hijos, pero no olvidemos que para Dios el tiempo presente es solamente el primer acto del drama eterno de cada vida humana. No en vano escribió el apóstol Pablo: "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas". Y que una mayor bienaventuranza que el creer ante la evidencia del milagro, es creer en la bondad y el poder de Dios, sin el milagro (Juan 20:29). El mismo Señor nos enseñó a decir en Getsemani: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Mateo 26:39) (2).

Acatamiento o falta de fe

Sin embargo, tales pasajes bíblicos nunca deben servir

(1) Quizá alguien argüirá que los discípulos pidieron a Cristo: "Auméntanos la fe"; pero observemos que el Señor no les dijo: "Porque lo habéis pedido con gran esfuerzo, aquí lo tenéis"; sino que siguió hablando del poder de la fe sin aparentemente hacer caso de su petición. Sin embargo, en varias ocasiones declaró: "Conforme a tu fe te sea hecho". Y para nosotros, la interesante pregunta es: ¿Cómo se originó aquella fe? ¿Qué parte de ella era conocimiento de Cristo, y hasta qué punto la confianza plena de tales personas en el poder y el amor del Señor debe ser considerada como un don de Dios? La respuesta permanece en misterio. No olvidemos que hubo quienes tuvieron grandes conocimientos de Cristo en los días de su carne, pero no llegaron nunca a creer en El (Juan 7:5) y (Mateo 26:24 y 65)

(2) Recordamos de nuestra juventud el caso de un venerado servidor de Dios, muy conocido en las iglesias evangélicas de Barcelona, llamado don Pedro Rubio; quien padeció por muchos años una dolorosísima neuralgia facial, por cuyo alivio y curación habíamos orado muchas veces.

Al encontrarnos cierto día en el consultorio del Director del Hospital Evangélico de Barcelona, se apresuró a preguntarme, con su ca-

de excusa para la indolencia en la oración y la falta de fe. Un creyente que se conforma de un modo fatalista a la voluntad de Dios, menospreciando el glorioso privilegio de la oración, está muy lejos en altura espiritual del cristiano que después de haber orado con fervor, quizá con ayuno, a solas o en grupo, y no obteniendo respuesta, sabe decir dignamente, con toda sinceridad y sin sombra de amargura o resentimiento: "No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que tú". En ocasiones, es entonces solamente cuando la voluntad de Dios se junta a la del fervoroso y tenaz demandante para darle lo que desea. ¡Cuántas veces ha ocurrido esto a los grandes servidores de Dios!

Creemos que todo lo que se haga es poco para fomentar la fe de los cristianos y del mundo en estos tiempos de amarga incredulidad, con tal que sea hecho por medios legítimos. Y de ello no cabe duda en cuanto al presente libro, que nos complacemos en poner en manos de nuestros apreciados lectores de habla española. ¡Quiera Dios usarlo para promover en nuestros días un acrecimiento de la fe, y del espíritu de oración, para que grandes bendiciones de lo alto puedan ser otorgadas, tanto a los cuerpos como a las almas!

Tarrasa, diciembre de 1969.

S. Vila

racterística solicitud, si me encontraba allí por alguna dolencia propia, o de algún miembro de mi iglesia. Al contestarle que ni lo uno ni lo otro, sino tan solamente por cuestiones relacionadas con mi cargo en la Junta del Hospital, añadí —mirándole en el rostro, con la compasión que siempre nos inspiraba su aflictivo estado:

—A esta casa es mejor venir para ayudar a otros que para uno mismo, ¿verdad, don Pedro?

El venerable varón de Dios, con la franqueza que le permitía el haberme dado lecciones en griego, inglés y otras disciplinas útiles para el ministerio cristiano, se apresuró a corregirme una vez más.

—Debemos decir, **más agradable**; no mejor. Solamente **allá arriba** sabremos lo que es mejor.

Ha pasado casi medio siglo; pero nunca he podido olvidar la preciosa enseñanza espiritual de tan espontánea como oportuna corrección. Mi mejor esperanza es de encontrarme de nuevo con este amado hermano y maestro "**allá arriba**"; para recordarla y comentarla juntos, a la luz de la Eternidad.

PREFACIO

¡EL AMOR ES ALGO QUE USTED HACE!

Semblanza de la señorita Kuhlman

La señorita Catalina Kuhlman no es simplemente una persona, sino también una institución. Aún cuando está ordenada para el ministerio evangélico, no se considera ni pastor ni evangelista. No obstante, centenares de personas la consideran su pastor, y muy pocos evangelistas tienen la ardiente pasión de esta mujer, de ver a las almas salir de la oscuridad.

Hace más de catorce años que vino a Pittsburgh, Pensilvania, en un caluroso 4 de julio, después de alquilado el auditorio de la Biblioteca Carnegie, propiedad de la ciudad (el primer edificio edificado por Andrés Carnegie). Y ha estado allí desde aquel entonces.

Durante los catorce años pasados, miles han llenado el auditorio, no meramente buscando la salud de sus cuerpos, sino la liberación del pecado y la solución a sus problemas. Catalina Kuhlman desapruueba fuertemente la idea de que su ministerio está dedicado solamente, o primordialmente, a la sanidad del cuerpo. Subraya claramente este punto en cada servicio porque cree sinceramente que la salvación del alma es el más importante de todos los milagros. No hay fanatismo en estos cultos: frecuentemente reina tal quietud que el más mínimo rozar de un papel podría ser oído. La señorita Kuhlman atribuye esto, al hecho de que la Palabra de Dios es el fundamento sobre el cual ha edificado su ministerio, y ella está firme en su creencia de que si uno se ciñe